

16 DE FEBRERO DE 2018

HISTORIA DE UNA CHICA INVISIBLE

“NO QUERER(SE) PUEDE MATAR”

PARA II CONCURSO DE RELATOS IMAGEN Y SALUD
COLEGIO OFICIAL DE PSICOLOGÍA ANDALUCÍA OCCIDENTAL Y ORIENTAL

Las páginas en las que me dispongo a narrar no poseen nada nuevo, más bien, son sumamente repetidas por millones de personas en este mismo instante, viviendo en sus propias carnes la sensación de no ser suficiente. Quiero que seas consciente, querido lector, querida lectora, que *Ella* no es nadie, pero a su vez, somos todos.

*

Esta es la historia de una chica invisible. No es que realmente fuera transparente, pero se lo había preguntado en numerosas ocasiones. *Ella* no era del montón, porque sencillamente no había montón para ella. Era bajita o quizás alta, de pelo castaño (a veces dorado como el sol) y pequeños (¿o eran grandes?) ojos negros que quemaban como el carbón. No consigo dejar la relatividad a un lado para describirla, ya que es bien sabido que “medir es comparar”; pero si del resto del mundo se tratara, sólo habría una palabra para definir a la protagonista de estas letras: gorda.

Es curiosa la facilidad que tenemos las personas para colocar etiquetas en los demás. Recogemos sólo el rasgo que nos parece y ¡pum! a partir de ese momento, creemos erróneamente que es lo único importante. *Ella* no llevaba nada bien las críticas, pero no dejaba ni siquiera entrever que se hacía añicos cada vez que alguien le dedicaba una mirada asqueada. Por eso, solía ignorar a aquellos que la insultaban, y sólo cuando llegaba a casa y estaba segura en su habitación, se rompía en mil pedazos.

Era preciosa, pero no como esas chicas de las revistas. No hacía justicia a ningún canon de belleza. *Ella* era preciosa, por la manera en la que pensaba. Era preciosa, por ese brillo en sus ojos cada vez que hablaba de algo que le gustaba, por su habilidad para hacer sonreír a cualquier corazón triste. Era inteligente, creativa, divertida y estaba llena de ganas por descubrir cosas nuevas. No, *Ella* no era preciosa por algo tan temporal como su apariencia. *Ella* era hermosa, bella, bonita... Sólo necesitaba darse cuenta.

Tras superar los límites de sus fuerzas estuvo tentada (más bien obligada) a cambiar su físico, al cual hacía responsable de todos sus males. Dominar su cuerpo, su peso, se convirtió en su objetivo más anhelado, dejando atrás todas las aficiones y pequeñas cosas que en otro tiempo la habían hecho tan feliz.

Ella era muy consciente (o tal vez no tanto) de los peligros a los que se exponería para conseguir su fin. Era conocedora de casos similares al suyo y los fatídicos resultados obtenidos. Se veía sin escapatoria alguna, presa en una habitación cuyas paredes se estrechaban cada vez más, impidiéndole respirar. Sería impreciso continuar la historia sin añadir lo mucho que *Ella* temía. Temblaba sin a penas poder creérselo, se odiaba por ser frágil, por saberse incapaz de superar al endemoniado número que le saludaba desde la báscula. Se sentía pequeña, invisible, pero a la vez imposible de ocultar, no quería que no la quisieran; necesitaba dejar de *no* quererse.

Había días que se encontraba con fuerzas para superar al mundo, pero era entonces el mundo, el que se encargaba de hundirla hasta lo más profundo. - ¡Te odio! –Gritó, sin obtener respuesta. Lo cual es lógico, ya que todos sabemos que los espejos no hablan.

En el preciso momento en el que golpeó al espejo con sus pequeñas manos, vio en forma de metáfora lo que estaba haciendo con su vida: romperla en mil pedazos.

Pidió ayuda a modo de gritos silenciosos, a la espera de que alguien interpretara sus silencios. Y así fue. Siempre hay gente dispuesta a devolvernos la serenidad que otros se empeñan en arrebatarnos. *Ella* no estaba sola.

El proceso de destrucción de todas sus distorsiones cognitivas fue lento, duro y difícil, pero mereció cada una de sus penas.

-Comenzaré por mis pies -dijo *Ella* ante el ejercicio que le habían propuesto: “describe tu cuerpo”. -Son pequeños y tienen rozaduras en la parte posterior. Soportan el peso de mi existencia y de vez en cuando, me hacen tropezar.

Mis piernas son anchas, tienen pelo, celulitis y estrías que parecen rayos de tormenta veraniega, desembocan en mi cadera, donde los pliegues ya no ocultan mis miedos. Tengo lunares por toda la espalda que me recuerdan al cielo oscuro que vi una vez en el campo, ausencia de luz. Mi pecho es pequeño, y debajo de él vive un corazón que protejo con todo mi ahínco.

Poseo una boca que encierra pequeñas perlas blancas, las cuales están torcidas, haciendo de mi sonrisa una mueca irregular, media luna y media. Mis mejillas, se sonrojan cuando algo me hace muy feliz o muy desdichada, pues hay momentos que merecen todo el color del mundo. Tengo dos ojos con los que miro y dejo de ver, permitiéndome atisbar los detalles que me envuelven en esta realidad que desconozco...

No mintió, ni exageró, tampoco tuvo que pensarlo demasiado, simplemente se dedicó a describir su contorno de carne y hueso tal y como era, diferente al tuyo, al mío o al de cualquier otra persona.

Cuando le preguntaron sobre "quién era *Ella*", la respuesta que ofreció, tras tantas heridas abiertas y golpes propinados por parte de los demás, fue la siguiente:

Soy todas y cada una de mis cicatrices, las que están dentro y las que no. Soy mi pasado, es cierto, pero también soy mi futuro, y estoy esforzándome por no cometer los mismos errores de los que ya he aprendido valiosas lecciones. Soy yo cuando estoy triste y enfadada, feliz, emocionada o nerviosa. Soy yo en todas mis facetas, con todos mis matices, aprendiendo a quererme y respetarme. No soy un número en una báscula, no soy una talla de ropa, ni un nombre, etiqueta o burla; soy una persona con cuerpo y mente, para dualistas o monistas, soy proacción. Soy todo lo que he escrito y no me atrevo a leer. Soy fuerte, no porque no me duelan los insultos y los ataques, sino porque los supero.

Nadie dijo que sería sencillo, pero poco a poco, como diría Antonio Machado: "golpe a golpe, verso a verso", *Ella* ha cambiado su manera de verse a sí misma y, por ende, de tratarse.

Este final podría haber sido otro, cualquier otro, tintado de dolor, sangre, lágrimas y oportunidades que se perdieron. Pero no es el final de *Ella*. Ahora, en el relieve de las marcas que le dejó aquel tiempo sin reloj, está escrito con tinta que sólo nosotros vemos:

“Ya me he cansado de lloverme y no verme florecer.”

